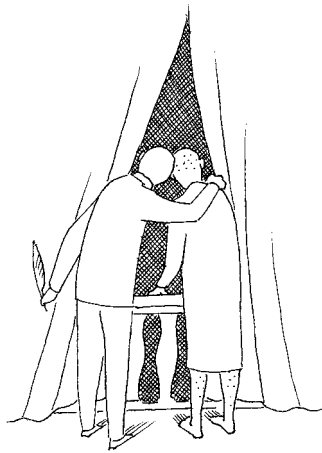


MIGUEL SERRANO

El Regreso



iLevántese! —gritó la voz una vez más. Algo como una pizca de conciencia comenzó a despertar en el hombre que, tendido en la cama con ropas de dormir, no parecía comprender del todo el mensaje. Recordaba, no obstante, que la última vez que había estado en esa situación el causante había sido el mismo hombre de la voz que ahora, parado junto al lecho y blandiendo una pluma de escribir a modo de énfasis, le daba la orden de salir de su sueño, de modo

que respondió con enojo:

—¿Cómo quiere que me levante, cuando usted mismo me dio muerte?

El hombre de la voz, al pie de la cama, palideció ante la sola mención de su acto. Pensaba que el otro no se acordaría. Años atrás tuvo que matar a aquel que ahora lo increpaba con tanta irreverencia, pero no había creído que pudiese mantener el rencor vivo durante tanto tiempo. No había sido una muerte que él deseara: apenas un deber. Una enojosa circunstancia

lo había obligado a planear cuidadosamente la muerte del hombre que ahora se encontraba en la cama. A otros había herido en batalla, de otros conservaba honrosas cicatrices, pero esta muerte había sido provocada a plena conciencia, a sabiendas de que el otro no podía defenderse. Aun así no estaba dispuesto a rebajarse ante aquel que de alguna manera era su siervo, y volvió a gritarle:

—Yo hago con usted lo que me parece. ¡Ahora quiero que se levante! —y ya no sólo blandió la pluma sino que sacudió la empuñadura de la espada para hacer obvia la advertencia.

—¡Usted no tiene ningún derecho! —gritó el hombre en la cama, tratando de incorporarse para afrontar mejor la amenaza. Luego, observando el efecto que las palabras pudieran causar en su compañero de cuarto, añadió: —Además, usted está tan muerto como yo, según me parece.

El hombre de la pluma y de la espada iba perdiendo la partida. Un golpe bajo, sin duda, pero certero; más doloroso que la herida que había inutilizado su mano izquierda. Miró con rabia al otro, y empezó a recordar el absurdo recorrido por cárceles y batallas y navíos hasta llegar, al fin, a aquel lugar en que la disolución era lo único que parecía ser cierto y real, la sola conclusión de aquel largo recorrido. Pero no podía herir al otro; no otra vez, no así. Y el otro lo sabía, estaba claro, porque se comportaba ahora con la tranquila desfachatez del rehén que tiene la plena seguridad de que sin él no habrá rescate.

—Si fuera por eso, al menos yo puedo decir que tuve una muerte de verdad —dijo el hombre de pie, yendo hasta la ventana y alzando delicadamente su mano izquierda hasta el dintel, como si fuese una niña muerta.

—Si fuera por eso —dijo a su vez el hombre en pijama, ya sentado en la cama—, por lo menos yo puedo decir que la mía fue digna. —Aguardó unos segundos en silencio, esperando la respuesta del otro, pero se dio cuenta de que había herido demasiado hondo. Entonces miró el suelo, como si no tuviese certeza de su materialidad, y terminó por apoyar los pies gastados en las viejas abarcas puestas al pie de la cama, mientras agregaba: —Pero veo que eso no es ahora lo importante. Porque supongo que debe haber una buena razón para que usted, después de tantos años, se atreva a darme la cara —terminó, tomando la sábana y envolviéndose el torso con ella.

—Lo necesito —dijo el otro, mirando por la ventana el paisaje que se extendía ante sus ojos. —Una vez más, lo necesito. —Su tono había cambiado, parecía el de un hombre que hubiese sido vencido.

El que estaba en la cama se pasó una mano por la cara, lentamente, recordando un ademán viejo de siglos. Luego dijo:

—Entiendo. Pero podría negarme. Es seguro que otra vez tendría que ir de sitio en sitio, provocando la risa, arrastrado por su pobre imaginación abochornada para que al fin, de nuevo, me dé muerte.

—Pensé que podría obligarlo —dijo entonces el otro, volviéndose hacia él. —Pero veo que ya no es posible. Y eso sin contar con que sería para lo mismo, como usted dice —terminó, y se dio vuelta para mirar una vez más por la ventana, acariciando su mano izquierda en un inútil esfuerzo por reanimarla.

Desde la cama, el hombre en pijama lo contempló un momento en silencio.

—A pesar de todo, usted siempre me tuvo envidia —dijo, alzando un poco la voz, con el fin de que el hombre de la ventana escuchase bien eso que se le presentaba ahora como una iluminación. Y agregó: —Es algo que no entiendo. Todos los problemas eran míos; yo tenía que arreglármelas como pudiera, y desde la mitad del camino tuve la certeza de que usted iba a matarme. Sí, usted siempre me tuvo envidia. —Rio, entre sonidos de tos, y se cubrió mejor con la sábana. El otro se volvió, ya sólo una sombra recortada en la ventana a la luz de la tarde a punto de caer.

—Si, es verdad. Le tenía envidia. Todavía se la tengo, si le interesa. A pesar de que lo mejor sería dejarlo a usted en paz, quiero que vuelva. Tal vez no pueda explicarlo bien, pero es imprescindible que vuelva, y no por mí. —Tras una pausa, dijo: —No sólo por mí.

—¿Y qué razón tendría yo para volver? —preguntó desde la cama el otro, buscando con la mano un viejo

capuchón que, suponía, todavía debería estar por ahí, en alguna parte.

—El capuchón está caído detrás de la cama; ahí quedó la última vez. —Después de una pausa, continuó: —Si busca una razón, acérquese y mire afuera. Si eso no le parece una buena razón, no podré obligarlo, pero al menos sabrá por qué creo que es necesario que vuelva.

Tras asegurarse las abarcas, el hombre en pijama se levantó y fue hacia la ventana. Al llegar se quedó junto al otro, mirando sin comprender el paso veloz de los automóviles y, en el fondo, una inmensa mole de edificios dividida por una cinta negra de asfalto. Las luces de la ciudad comenzaban a encenderse.

—Ha cambiado un poco desde la última vez —exclamó después de un rato de contemplación, en un susurro sorprendido. Luego cerró los ojos y se cubrió la cara con las manos.

—Sólo lo que se ve, señor Quijano. Sólo lo que se ve. Pero por dentro son iguales: todos andan buscando lo que no se les ha perdido.

Hubo un largo silencio. La noche había caído sobre el mundo.

—¿Dónde está mi caballo? —dijo al fin con gesto de cansancio aquel que había sido despertado, mientras avanzaba hacia el baúl en que dejara guardada su armadura, mirando de reojo, sin rastro de perdón, hacia la ventana. Allí, don Miguel sonreía sabiendo que, a pesar de todo, había triunfado una vez más. ♣